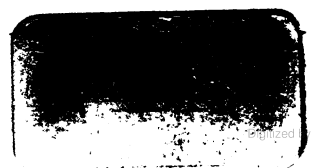


Antiguas

Costumbres Granadinas

POR

Antonio J. Afán de Ribera.



GRANADA.
Imp. de El Defensor de Granada.
1901

Afán de Ribera.

Antiguas costumbres granadinas.

Antiguas costumbres granadinas

POR

Antonio J. Afán de Ribera.



GRANADA.
Imp. de El Defensor de Granada.
1901

Al lector.

Es indudable que progresamos, aunque por desgracia progresamos al revés desde el punto de vista artístico y pintoresco. La monotonía, la insustancialidad, el *spleen* colectivo, alcanzaron hace ya mucho tiempo la victoria sobre las sanas alegrías del pueblo español, sus costumbres características, sus rasgos personales y propios.

De la Andalucía tradicional, sólo nos quedan el sol y el paisaje; de la Granada antigua se perdieron hace ya muchos años las costumbres peculiares, por virtud de esa somnolencia del espíritu que nos ha invadido, y nos hace dormir á la

sombra de los laureles de la Alhambra, sin bríos para elevar los ojos á la altura, ni fuerzas para evitar que nos aplasten en su caída las piedras de las torres seculares que ruedan con estrépito á nuestros pies como queriendo despertarnos. Este sueño letal ha borrado en el espíritu granadino los recuerdos, y con el carácter de la población cuanto ésta tenía de personal y propio, hasta el punto de que el relato más sencillo de lo que hacían los granadinos de ayer, nos deja á los granadinos de hoy, absortos y admirados, como si nos hablasen de lo más exótico.

Resucitar aquellas costumbres, presentar algunos de los más animados cuadros de la antigua vida de Granada, es el objeto de este libro, última producción del más genial de los poetas granadinos.

Ingenio perspicaz y elevadísimo, tesoros de aguda observación, acentos de fé sin mojigatería, y de patriotismo sin exageraciones, avaloran las páginas de este pequeño libro, en las que encontrará el lector, ya familiarizado si es granadino,

con la musa de Afán de Ribera, el más extraordinario de los prodigios: el prodigio de la eterna juventud. Describiendo las *Antiguas costumbres granadinas,* en cuya evocación deleita su respetable patriarcado, Afán de Ribera es el mismo poeta de los años juveniles, inspiradores de *Las noches del Albaicin,* que es por hoy la más hermosa, interesante y completa colección de tradiciones granadinas. La frescura y expontaneidad que hacen de inestimable valer aquellas leyendas, brillan con el mismo fulgor en los romances que forman la colección que hoy se publica.

Realmente el nuevo libro no necesita de presentaciones ni de prólogos. Su título y el nombre ilustre del autor, son las mejores recomendaciones para el público.

¿Qién no conoce á Afán de Ribera y á sus obras? ¿Quién, por humilde y por poco amigo que sea de las letras, no se ha regocijado leyendo ú oyendo leer las *Siluetas,* que han alcanzado en Granada la importancia de una institución?

Holgarían, pues, estas líneas en el nuevo libro, si no obedecieran al ruego del poeta, cuya modestia grande como su mérito, le ciega hasta el punto de querer que aparezcan unidos ante el público su glorioso nombre y el de quien no puede realzar su obra más que admirándola y deleitándose en su lectura.

Francisco Seco de Lucena.



Guindas en aguardiente.

I

En una casa *del Barrio,*
de portalón tan extenso
que puede servir de hipódromo
del uno al otro testero;
con paredes en que el cobre
no deja á lo blanco un hueco,
y chimenea en que arde
de noche un árbol entero;
alrededor de una mesa,
camilla para el invierno,
y quitándole la ropa
en verano merendero;
está doña Robustiana,
mujer de prendas y peso,
con tres hijas, á las cuales
sobra dote y falta mérito.
Forman concurso también
dos aspirantes á yernos,

atraidos al olor
de cortijos y viñedos.
Es una fresca viuda
de un famoso tío Rogelio,
labrador y caballista
y en contrabandos maestro.
Con sus mañas y fortuna
tuvo los sótanos llenos
de telas y de tabaco:
¡un Gibraltar en pequeño!
Así, que aseguran todos
que disfrutó buenos tiempos,
dejando al morir un bolso
de onzas de Carlos tercero.
Aún ella le guarda el luto
por conveniencia y afecto,
ó por no entregar á nadie
de reina absoluta el cetro.
Eso sí, para mandona
no hay otra en el Universo;
á los mozos y sirvientas
no les permite sosiego.
A las costumbres antiguas,
profesa grande respeto,
y cruces en su almanaque
le sirven para recuerdo.
Ella cifra su prurito
en echar con mucho esmero
«las guindas en aguardiente,»
apenas llega su tiempo.
De un árbol que hace el adorno

de una heredad junto al Béiro,
al mirar el rico fruto
que va el sol ennegreciendo,
al gañán de confianza
ordena recoja presto
las guindas, y á su morada
traiga en capacho repleto.
Dadas las Aves-Marías
y concluido su rezo,
dos robustas maritornes
llevan un ámplio barreño.
Aun cuando es doble la mesa,
cruje al sentir tanto peso;
todos tijeras en mano,
las guindas van recogiendo.
—Muchachas, la boca es libre,
las picadas á otro cesto,
y las verdes, ya sabeis,
las aguarda el gallinero.
—¡Jesús!—esclama Purita
que es flaca como un fideo;
¡mis tijeras que no cortan!
¡están los rabos tan tiesos!
—Yo te ayudaré, responde
el estudiante Anacleto;
y se aproxima á su falda,
quizás con malos intentos.
Una mirada de tigre
le obliga á cambiar de puesto,
y entretanto su colega
le dá un billete á Loreto.

Esta con gran disimulo
lo oculta bajo el pañuelo,
pero, advertida la madre,
le dá un pellizco por premio.
Las criadas en verdad
mueven ágiles los dedos,
mas comen á dos carrillos
y habrá su cólico luego.
Se termina la faena,
y en tres barriles tremendos
echan la fruta á puñados,
y aún tardan en verse llenos.
Entra el mulero Tomás
sobre la espalda un pellejo
de aguardiente de la Costa,
que alegra solo el olerlo.
Él dice no lo ha probado
y lo desmienten sus hechos,
que á poco rompe los vídrios
y se arma el grande tiberio.
Avergonzado se ausenta,
de ser de la burla objeto
y, tropezando en el marco,
se hace un chichón como un huevo.
Los estudiantes y fámulas,
echan el caldo con tiento,
y azúcar, canela y clavos,
de una más, y de otros menos.
Con cabritilla muy blanca,
cubren del barril el cuello,
y con chamberga encarnada

forman un nudo muy prieto.
—A la despensa á encerrarlas,
dice el ama con imperio;
en Pascua se probarán
y que vivamos deseo.
Se sirven unas copitas
con pestiños y buñuelos,
y á la calle los extràños,
y á merendar los de adentro.
Era fama en la parroquia
que venían desde lejos
á probar *las garrafales,*
en las mañanas de Enero.
Y á todas las niñas pálidas
color salía al momento,
y les pedían los novios
que les guardaran los huesos.
¡Talismán que alimentaba
los amorosos anhelos!
Antes de Semana Santa
eran las bodas á cientos.

II

Hoy las guindas que se venden
son, no regalo, veneno,
con el amílico horrible,
adelanto del progreso.
Ya no existen Robustianas
que imiten á sus abuelos,
ni néctar embotellado
que anime el alma y el cuerpo.



Fregar el cobre.

I

¡Y cómo lo zarandea
al bondadoso Juan Lanas,
Antonia la bigotuda,
hembra por usar enaguas!
que si se atiende á sus hechos,
sus costumbres y palabras,
un Miguelete á su lado
fuera una paloma cándida.
Con rizos de cuatro horquillas,
entremezclados de canas,
y un delantal de picote,
que puede servir de capa,
está fija en su portal
y la rueca no descansa;
pero bulle más su lengua
si agenas vidas relata.
Al acercarse Diciembre
dá principio á la jarana

y pone en revolución
de abajo arriba la casa,
que antes de la Limpia y Pura
há de brillar como un ascua,
sin dejar ni por asomo
señales de la *matanza.*
   Mas el día en que el marido
bebe las hieles amargas,
es cuando *se friega el cobre;*
¡nunca este tiempo llegara!
   Antes de que asome el sol
á pellizcos lo levanta,
y en escalera de mano,
pieza por pieza le alcanza.
   ¡Y son pocas! Seis braseros,
de peroles una ensarta,
cuatro calderos enormes
y dos más de la colada.
   Tinteros y candelabros
de varias clases y marcas,
que aunque ni reza ni escribe,
tiene en ostentarlos gala.
   Juguetes de cuando niña,
cazos con rabo ó con asa,
y colección de velones
que un anticuario envidiara.
   Sin duda el pobre marido
de tanto tragín se cansa,
y se le cae un caldero
que á poco la descalabra.
   Fueron de escuchar los gritos;

—Bájate que eres un maula,
luego pedirás morcillas,
y has roto donde se fraguan.
Se vá al último peldaño
á riesgo de una porrada,
y ella no sube á embestirle
porque la madera es falsa.
El como mártir, los ojos
hácia el techo los levanta,
¡hay veces en que se expresa
un mundo en una mirada!
Una mocetona bizca
le servía de ayudanta,
entre un montón de limones
y de arenilla una carga;
¡qué fregoteo! ¡qué ruido!
¡qué modo de verter agua!
es yá poco el personal
y se agregan dos muchachas,
que creyéndose sin duda
más bonitas si están pálidas,
de los limones más gordos
no perdonan ni las cáscaras.
El cónyuge pone al sol
á secar lo que se lava,
y evitando sustracciones
se queda de imaginaria.
De pronto y sin esperarlo
horrible conflicto estalla,
al perro de una vecina
se le ocurre alzar la pata,

y en el perol en que suelen
cocer las famosas gachas,
que dicen en todo el barrio
viene hasta el cura á probarlas,
hace con tanta imprudencia
lo que se sabe y se calla,
produciendose un motín,
que obliga á acudir la guardia.
Al fin concluye la tarde
y cuelga lo que alcanzara,
hay exposición y aplausos
en la cocina y las salas,
y la Antonia se humaniza
y exhibe una *dama juana*
en unión de dulces secos
entre cidra y calabaza.
¿Creereis que mi pobre Juan
la noche al venir descansa,
cuando Morfeo en sus brazos
con suma bondad lo agarra?
No, que la esposa entre sueños,
ó bien rabiosa ó sonámbula,
se figura que aún el cobre
entre sus manos se halla,
y con un duro estropajo
le desuella las espaldas,
mientras acude el sereno
con el chuzo á despertarla.

II

Calle de *los Panaderos*,
allí aún memoria se guarda
de los bazares de Antonia,
de su genio y de sus barbas.





Rosquillos y mantecados.

I

Murió el infeliz «gorrino»
diez meses tan bien cuidado,
con lágrimas de su ama
y de los chicos aplausos.
Derritieron sus mantecas
y chicharrones sacaron;
¡qué tortas! Hasta los ángeles
pueden comerse un bocado!
—La mejor para el padrino,
dispone doña Milagro;
ya nos envió la harina,
y estimo mucho el regalo.
—¿Pero no llevó una cesta
con morcillas y espinazo?
dice á su tía la Inés,
chica de gran desparpajo.
Un pellizco llevó en premio
que le hizo romper en llanto,

por meterse á responder
lo que no la preguntaron.
—Que tu hermana y la sirvienta
sepan que ya el calendario
avisa que está la Páscua
á los umbrales llamando.
La faena de los dulces
para otra noche he dejado;
á descansar, y que echeis
llave y cerrojo en el cuarto.
Y ¡pobre de quien se atreva
á abrir la ventana un palmo,
si suena en la calle ruido
de coplas ó de guitarros!

II

Dos velones *de Lucena*,
que adornan mecheros cuatro,
y un farol que en un convento
pudiera ser sol de un patio,
alumbran la antecocina,
local para el espectáculo,
que lo que gana en lo limpio
lo pierde en destartalado.
Delante de un horno chico,
que cuece el pan todo el año,
y en dos horas que está ardiendo
ha puesto el ambiente cálido,
se ven dos grandes lebrillos,
el fondo verde y con ramos,

y de cabida tan honda
que pueden servir de baño.
  Ante uno, las dos sobrinas,
la criada en el contrario;
pero todas de rodillas
por sus culpas y pecados.
  Blancas pellas de manteca
la tía les vá arrojando;
tienen sus estremidades
desnudas hasta el sobaco;
y es agradable mirar
aquellos robustos brazos,
con hoyitos en los codos,
las megillas igualando.
  El auditorio componen
el buen alcalde de barrio,
marido de *una carpanta*
consultora de guisados.
  Hay además una vieja,
que tiene un libro en la mano
con recetas para dulces
de allá de tiempos de antaño.
  Se principia la faena;
¡qué ardores para el trabajo!
—¿Vá así bien, doña Eduvigis?
—Perfectamente, es un pasmo.
Lo decía mi difunto,
la masa el puño apretando,
y si la baten mozuelas,
hay que chuparse los labios.
  Ya la manteca era líquido

después de esfuerzos titánicos,
y se la echaba el azúcar
con la harina entremezclado;
mas, ¡ay! que terrible ruido
se oye en el corral cercano,
y tiembla el hombre de miedo,
y las mujeres de espanto.
A todo correr se entran
unas parejas de gatos,
dando terribles maullidos,
con los pelos encrespados.
El amor los enloquece,
y uno tras otro á los saltos,
en los lebrillos se cuelan,
y se empringan hasta el rabo,
y salen como chupones,
y á los gritos y el escándalo,
saca el alcalde el bastón,
y las viejas el rosario.
Se restablece la calma,
hay que olvidar lo pasado,
aunque afirma la sobrina
dirán los rosquillos *¡miaoo!*
Ya *la Vela* dió tres toques
y aún están en el trabajo;
por fin concluye, y en tablas
se ponen á colocarlos.
Hay múltiples variaciones
de hechuras y de tamaño,
y figuritas de niños,
y de estrellas, y de pájaros.

Que como forman la base
de dádivas y aguinaldos,
hay que figurar ser mucho
lo corto del agasajo.
Al señor cura le gustan
más los grandes que medianos,
y no olvidan los juguetes
en la casa de don Claudio.
¡Cual suspira la sobrina!
que es un viudo con garbo,
y pudieran los presentes
ayudar en el milagro.
Para monja la destinan,
y hay en sus ojos relámpagos,
y en el pecho unos latidos
mayores que cañonazos.
—A Dios se sirve en el mundo
también, replica el anciano.
—De estorbo, añade la tía;
el convento es el amparo.
Y olvida á tres que ya tiene
en nichos del Campo-Santo,
y no reincide, porque
no se presentó otro guapo.
En esto suena el postigo
con un enorme aldabazo:
es el *cocedor*, que viene
á terminar el guisado.
Por los saludos que hace,
se ve está calamocano,
y se arrima á la sirvienta

que le da un alfilerazo.
Frunce el ama el entrecejo,
mas es preciso aguantarlo,
que es hábil, y en un momento
pone el dulce á buen recaudo.
—A la abadesa de Zafra
sin querer se lo he quemado;
mas estos, añade, juro
que envidiará el vecindario.
Al sacar unas docenas,
tal vez mal intencionado,
en la falda de la vieja
unas ascuas iba echando.
Chilla al sentir el calórico,
se rien las chicas del caso,
y á poco más la bautizan
en un sitio desusado.
A otro día las comadres
acuden para probarlos,
y un aguardiente de yerbas,
es de los dulces el caldo.
Y hasta después de los Reyes
se elogia en todos los ámbitos,
los *roscos y polvorones*
que tiene doña Milagro.

Rosetas.

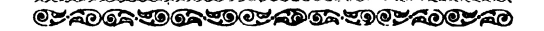
El viento azotando el rostro,
las noches claras y frescas,
indican que ya el invierno
está llamando á la puerta.
En la torre las *panochas*
están colgadas y secas;
por eso doña Lucía
á desgranarlas se apresta.
Hay que cebar tres lechones
allá «para carne nueva,»
y es necesario servirles
comida más suculenta.
A otra noche de difuntos,
determina la faena,
aunque desde por la tarde
el grande tragín empieza.
Las vecinas de gran rumbo,
y mozuelos y mozuelas,
con los mozos de labranza
han de sacar la cosecha.

En la cocina anchurosa
se enciende la chimenea,
y son alfombra mullida
las sábanas de la era.
Si al vaciar una canasta
una colorada rueda,
ya cayó la lotería
á la niña á quien se acerca.
Que es preciso dé un abrazo
á todo el que lo apetezca,
y escusado es añadir
que ni uno solo se niega.
El contacto de los sexos
fué siempre una cosa seria;
que es reanimar una lumbre
añadiéndole más leña.
Nunca olvidará Simón
el abrazo de Manuela,
que fué nudo corredizo
que luego apretó la Iglesia.
Si alguna tonta se excusa,
echándola de modesta,
—«es costumbre», le replican;
y con más bríos la aprietan.
Con tantas manos, muy pronto
se termina la tarea,
y la sartén de las migas
rápido un gañán presenta.
Y saca doña Lucía
el cesto *de roseteras*,
y añaden dos hacecillos

que forman llamas soberbias.
  Dolores, que es una avispa,
el azafate maneja,
para cubrir los tostones
que si no, la sala empiedran.
  Y cuando alguna curiosa
se arrima más de la regla,
lo levanta por un pico
á fin de dejarla tuerta.
  ¡Qué rosetillas tan blancas!
¡cuántos lebrillos se llenan!
Para más apetitosas,
con sal las espolvorean.
  El manjar pide un traguillo;
doña Lucía se presta,
y de «rosoli y anís»,
saca unas cuantas botellas.
  —A bailar,—piden las chicas,
ellos las guitarras templan,
y se arma una trapisonda
que no hay allí quien se entienda.
  La de la sartén se *achispa*,
el ama también se *alegra*,
y alcanzar *una espaldilla*,
con tono rumboso ordena.
  Piden cántaros de vino
los torreznos que chirrean,
y el pan caliente del horno
ni lo mastican siquiera.
  Algunos en los rincones
indican estar *curdelas*,

y hay mocitas que á la cámara,
van á devolver la cena.
  Por fin el alba sonríe,
y, rehaciéndose la dueña,
los despide en los umbrales,
ó por malas ó por buenas.
  Y según el boticario,
que es envidioso, asevera,
hubo cólera en el barrio,
á causa de las *rosetas*.





Pestiños.

Allá en la Sierra de Huétor,
tiene don Luis un cortijo,
con numerosas colmenas
que labran el fruto opímo.
Hay tanta flor de romero,
y abundancia de tomillo,
que ofrecen las ricas mieles
sabor y aroma esquisitos.
Guarda el dueño en su despensa,
reservando el mejor sitio,
orzas en que los panales
destilan el dulce líquido.
Si bien le sirve de postre,
otro es su mejor destino,
que á las frutas de sartén
suele ser precioso aliño.
Aunque viejo, es hombre alegre,
y su cónyuge lo mismo,

y dan en Carnestolendas,
lo que se llama *un ratito.*
Ambos guian y mantienen
á tres hijas de un sobrino,
cotorronas por desgracia
y solteras por castigo.
De habitación y de hacienda,
tienen á su cargo el cuido,
y la mayor de las tres
es la doctora en los guisos.
La festividad disponen
que se efectúe en domingo,
pero el sábado es la bulla
con tantos preparativos.
¡Qué fuentes llenas de masa!
¡qué hornillones encendidos!
¡qué moldes para hacer *flores,*
papaviejos y *pestiños!*
En la cocina se encierran
en misterioso retiro,
y algo traman, pues se rien
y forman apartadijos.
Llega la noche siguiente
y apenas anochecido,
hace la señal la aldaba
de que ya acuden los íntimos.
No trascurre media hora,
y no hay un lugar vacío;
bien se conoce que saben
que algo hay que echar por el pico.
El violinista don Claudio,

no suelta el arco ni á tiros,
y el barbero con la flauta
prepara el gran tabardillo;
dos ciegos con sus guitarras,
y con la bandurria el «Quico»,
forman un total de orquesta,
tormento de los oidos.
—Doña Juliana, que cante
algo bueno Rosarito.
—Si estoy ronca.
—No le hace.
—Corriente, con su permiso.
Se pone en pie y les endosa
el ária del *Coradino;*
se asegura que en el Fargue
llegaron á oir los gritos.
Un empleado *en millones,*
que se las daba de pillo,
se arrancó por *calesceras,*
y hubo que olvidar equívocos.
El bajo de la capilla
que se ha presentado chispo,
sale, con el *Tantum ergo,*
con quebranto de los vidrios.
—Fandango y que todos metar
clama el herrador vecino,
y una malagueña *larga*
que se hace del *palo* digno.
Pero á las chicas les gusta,
y se acentúa el bullicio,
y después con *el robao,*

no es necesario decirlo.
La hija de la sacristana,
(un genio de basilisco),
por arrollar á Luisa,
se retrata en los ladrillos.
Enseña unos faralaes,
que están pidiendo otros limpios,
y ligas en que hay más nudos,
que en franciscano cilicio.
Su pareja la socorre,
un mozuelo barbilindo,
que como le faltan puños,
se hace con ella un ovillo.
Por fin, entrambos esposos
de una palmada al sonido,
conducen al comedor
los estómagos vacíos.
Cual fieras se precipitan
á los dulces y los fritos,
y las copas de rosoli,
se tragan sin dar respiro.
De pronto exclama don Gil,
(un militar muy antiguo),
—Este pestiño es de burla
y yo á su autor desafío.
Contiene estopa por dentro,
y con descaro infinito,
lo colocan á mi alcance,
porque sirva de ludibrio.
¿A mí, que estuve en Bailén
con Castaños el invicto,

y aprisioné á un mameluco
á quien mataron de un tiro?
Mas como todos se rien,
se levanta enardecido,
y se vá, dando un portazo
que retiembla el edificio.
—Que me ahogo, que me ahogo,
exclama un pobre chiquillo,
que se ha tragado un esparto,
en una *rosa* escondido.
—Esas bromas no se tienen
con un concurso tan digno,—
dice un alguacil, que al suyo
untaron con picudillo.
—¡Socorro!—grita Leonor,
y hace más gestos que un mico;
el baño de este es de acíbar,
que traigan un vomitivo.
—Es Carnaval, y las niñas
usan del libre albedrío.
¡Niñas! con cincuenta años
según la fé de bautismo!

. . . .

Se apacigua la cuestión,
apartando *los henchidos*,
y devoran los restantes,
ya de las burlas tranquilos.
Y el violinista se duerme,
y el flauta pierde el sentido,
y los ciegos cobran vista
al recibir los subsidios.

Y después, cuando las máscaras pasan por aquellos sitios, preguntan:

—¿Don Luis, tendremos otro Carnaval pestiños?





Escabeche.

I

Cuando la lluvia en los mares
con las olas se revuelve,
y á gozar *del agua dulce*,
suben del fondo los peces,
en legiones apretadas
se introducen en las redes,
y entonces es la ocasión
para *echar los escabeches*.
De los tiempos más antiguos
fué una costumbre perenne,
que si el mercado abarata
las provisiones se encierren.
Y de la Pascua es el plato
que pobres y ricos tienen,
y que á la grasa del ave
contraste oportuno ofrece.
Así que en todas las casas
se ve la escena siguiente,

anuncio de que ha llegado,
á todo correr, Diciembre.

II

Con gabina de «tres pisos»,
la capa de cuando llueve
y una capacha de arroba,
sale á la compra don Lesmes.
«Boquerones fusileros»,
hasta encontrarlos no cede,
y dice á la vendedora:
—Pesa bien, no te condenes.
Mira que existe el infierno,
con diablos de mala especie,
y allí el alcalde de abastos,
es posible que te lleve.
Con sorna aquella responde:
—Usted, señor, lo que teme,
es que llegando, su esposa
si no le gusta, lo temple.
Suspira y paga al contado,
y dos limones adquiere,
llevando para ambos gustos
uno maduro, otro verde.
Al subir los escalones,
su consorte lo detiene:
—Es preciso otro viaje
y no hay lugar que te sientes.
—¿Qué ha ocurrido?
—*La andadera*,

de la Madre Sor Irene,
que necesita pescada
á corzo, como la leche.
—Mujer, echaré un cigarro.
—Fuma, y si te place, duerme;
yo me pondré la mantilla,
flojo, que no te molestes.
—A mal dar, tomar tabaco
será mi máxima siempre,
que si nó, con un garrote
ya te cascara las liendres.
—¿A mí? verás si te araño;
pero la suegra aparece,
y el hombre pilla la puerta,
que el enemigo es más fuerte.
—Que no te roben, le gritan,
y en el almacén de enfrente
el pimiento *corni-cabra*...
—Cómpralo tú si lo quieres,
que los cuernos si se sufren
no es pregonarlos decente.
Mas con su gusto ó sin él,
hace el mandado y se vuelve.
Ya en la alhacena, un testero
se ocupa con cuatro fuentes,
llamativos de la gula
y que tiran hasta *Reyes*.

III

Y no te choque, lector,
el que tanto lo celebren,

escucha sus cualidades,
y verás si lo merece.
«Con el vinagre, refresca,
»suaviza con el aceite,
»nutre, con tener pescada
»boquerones y jureles.
»Del limón excita el ágrio,
»alegra el laurel que huele,
»abre apetito el pimiento,
»y la especia fortalece.
»Al solterón presta ánimo,
»al casado lo conmueve,
»y es néctar, es ambrosía,
»un buen plato de *escabeche*.





La feria de Gracia.

I

Muchachitas de las huertas
que forman «los callejones»,
por donde «la Acequia Gorda»,
fertilizándolas corre.
Las que habitais casas rústicas
de los vallados al borde,
con nogales que dan sombra
y nido á los ruiseñores.
Las del «Jaragüit» famoso
encarnadas como soles,
«las del Puente del Cristiano»
más de la ciudad al roce.
«La Cruz de los Carniceros»,
como de antiguo se adorne,
y por las cuatro veredas
acudan sus moradores.
Las del «Vado y Garnatilla»,
de las fiestas no se esconden,

y con las del «Molinillo»
brillan allí como soles.
Olvidad los ventorrillos
que lugar habrá de noche,
y acudid á la placeta
á aumentar sus esplendores.
Tiene como joya un templo,
bendito sea su nombre,
es de «La Virgen de Gracia»,
gloria y salvación del Orbe.
La feria tradicional
que el pueblo gustoso acoje,
el que se llene de encantos
á vosotras corresponde.
La frescura de la tarde
al bienestar predispone,
y con bulla y alegría,
ya es la concurrencia enorme.
¡Qué pañuelos de Manila,
y qué cabezas de flores!
¡qué aflamencados «mindines»
en mala sombra precoces!
Sin descansar un momento
se suceden los pregones
hay que confesar que tienen
unas gargantas de bronce.
—Á las nueces del Castillo,
—priscos y melocotones,
—granadas de Fuente-peña,
—erizos y girasoles.
Las tortas del Albaizyn

con sal ó azúcar se escojen,
—jayuyos de ajonjolí
que á casarse predisponen.
—Muchachos, las almecinas,
—canutos como cañones,
donde dirijen el hueso,
no hay ojo que no se entorne.
Cuando asoman las tinieblas
brotan luces y faroles,
candilejas primitivas
restos de tiempos mejores.
Las madres se hacen rehacias
y un gran cansancio suponen
y en las sillas se colocan,
para presentar la prole.
Con faldas como capachos
reciben los pañolones,
que los amantes garbosos
de cuanto venden recojen.
Y aunque envidiosas que pasan
alientan murmuraciones,
—dame pan, y dime tonto,
es adagio de españoles.
No faltan chicos traviesos,
de pícaras intenciones
que «con pitos y abejorros»,
no hay sitio que no incomoden.
Los sonaron al oido,
de una romántica joven,
que era cadete el futuro;
un héroe, mas sin galones.

Acudió la policía
á los gritos y á las voces,
¡qué lluvia de almecinazos,
¡qué tormento de garrotes!
Pero eso es plato del día,
y al jolgorio no se opone,
para algo sirve el arresto,
y los que llaman «del orden».
Las niñas de la ciudad
muñecas de aparadores,
y las mozuelas del campo,
crugiendo los almidones,
dejan con la boca abierta
á tantos admiradores
que no saben acudir
si á lo plebeyo ó lo noble.
Pero las luces se apagan
llega el cansancio á mayores,
y antes de venir la aurora
ya la gente se recoje.
Hay quien al dormir el lobo,
sueña en facas y revólvers,
y dá un porrazo á su hembra
que á pellizcos le responde.
Y una chica desvelada
pretende escuchar acordes
de la guitarra del novio,
que se durmió como un poste.

Feria típica de Gracia,
que ganaste en condiciones,

de un antiguo cascajar
á una placeta mediocre.
  Que el viento que el campo orea,
y aquí nos llega más dócil,
al dar frescura á mi frente,
me inspire nuevas canciones.
  Y la fiesta granadina,
los años nunca la borren,
y á Dios y á la Patria dé
mi lira nuevos loores.





La tarde de San Lázaro.

Marcha Dolores al Triunfo
con vestido plancheado,
y chaquetilla flamenca
pues gusta lucir el garbo.
En el cabello las moñas
son de color encarnado,
y al cuello una cinta azul
que forma su nudo un lazo.
Si es anzuelo de pescar
así lo confiesan varios;
mas le basta con sus ojos
que lanzan de amor relámpagos.
Desde niña fué devota,
de la fiesta de San Lázaro,
así se adorna y se pule,
se entiende, que para honrarlo.
Su madre apenas la sigue
que tiene la niña un paso
como el andar de gacela

en el desierto africano.
  Penetra en el Arrecife,
y casi mueve un escándalo,
que en piropos y en suspiros,
no se cierra ningún labio.
  Se vá derecha á la ermita,
que su fervor es cristiano,
lo que es difícil saber
la plegaria que hace al Santo.
  Los secretos de las niñas
imposible adivinarlos,
que si uno se piensa negro,
después le resulta blanco.
  Sale, y se lleva de cola
á muchos mozos del barrio,
mas su gesto de desdén
vá haciendo en las filas claros.
  Escoge un rosco en el puesto
que mira más aseado,
no se mete ni averigua
si es de maiz ó garbanzos.
  Como la costumbre es ley
se lo coloca en el brazo,
y dá una peseta en plata
y otras quedan de resguardo.
  Evita que la conviden
pues tiene para pagarlos,
que es público en la ciudad
el tesoro de sus manos.
  No existe otra «chalequera»
á quien le sobren encargos,

porque sus chalecos curan
los males con solo usarlos.
Enfrente de la «Cruz Blanca»
hay un corro, y hace el alto;
habita allí su compadre
que es carretero afamado.
Las mozuelas y las viejas
le abren con cariño paso,
que es un atractivo más
y una flor en aquel ramo.
El tiroteo de chistes
que se escapan de sus labios,
á «mindines» y «catetos»,
los pone tornasolados.
Antes que el sol por la sierra
oculte su último rayo,
Lola se vuelve á su hogar:
dos eclipses de dos astros.
Al rezar ante la Virgen
concebida sin pecado,
se le acerca humilde un jóven,
tan fino como gallardo,
diciendo:
—A la Santa Imágen,
voy á pedirla el milagro,
que en la fiesta venidera
vengas muy junto á mi lado,
como mi esposa querida,
como de mi ser encanto,
y para mejor compaña
con un chiquitín en brazos.

Lo que respondió Dolores
por ahora bueno es callarlo,
y vivamos para ver,
cómo acude en otro año.



Antiguas costumbres granadinas.

Esta obra consta de un tomo que contiene los trabajos siguientes:

